

diera sus goces más puros y sus esperanzas más risueñas el humano amor. Arrancada por el destino implacable de la casa paterna; dividida sin piedad ni misericordia del esposo á quien enajenara su albedrío entero antes aún de contraer las legítimas nupcias; acostumbrada de antiguo á las profanas conversaciones usuales en la juventud de uno y otro sexo; más propia para oír la sonora cítara y para danzar el baile voluptuoso que para servir á las ofrendas piadosísimas de un templo y á las sacras prácticas de una religión; los pontífices airados é implacables, con esa crueldad natural en todas las magistraturas hieráticas, muy dadas á identificarse con la grandeza de su Dios, castigaban, ciegos, en aquella mujer, el crimen por ellos perpetrado, la sobreposición de complexiones artificiosas, contra las cuales todo el ser se revela y subleva sin remedio y sin recurso á la complexión que pone la sabia naturaleza en cada cual, y que, substancia y esencia recóndita de nuestra entidad, salta por todas partes en una rebeldía deliberada é inconsciente, y obedece y se rinde tan sólo á sus propias leyes, mucho más fuertes que todas las arbitrarias convenciones, siquier se cohonesten con los mandatos de una revelación engañosa. Cuando uno lee los historiadores antiguos observa la importancia inmensa que daban á la castidad de sus vestales. En el octavo libro, párrafo undécimo de su *Historia romana* refiere Tito Livio todos los prodigios acaecidos por tropiezos de las vestales. Los templos de Terracina, heridos del rayo; los altares de Satrico, profanados por las serpientes; los segadores de Aurio, sorprendidos á la extrañeza de que sus hoces destilaran sangre; la presencia de dos soles en Alba; el súbito relampagueo de luz siniestra y fugaz en Fregela; el articulamiento de algunas palabras oídas en el mugir de los bueyes romanos; las piedras del templo de Neptuno sudorosas; y Ceres y Querino, agitados á una sobre sus aras, enseñan bien claramente hasta cuáles extremos llevaba el convencimiento de que la castidad vestal se unía en estrecho consorcio con la suerte y el destino de Roma. Así es que, juzgadas las vestales por un derecho puramente consuetudinario, no se contentaban nuestros padres con su propia tradición y costumbre, acudían á Grecia también y diputaban embajadores al templo de Delfos para que les dijeran los oráculos, en su lenguaje misteriosísimo, si debían ó no gravar con crueldades mayores la pena y el castigo tradicio-

nal. Muy prolijos resultaríamos en este bosquejo de Vesta y las vestales buscando todo lo referente á sus culpas y á sus penas contenido en las viejas historias. Tito Livio nos cuenta en el libro XXII de su inmortal obra las turbaciones de los ánimos á consecuencia de una infidelidad vestal. Oppimia y Flornia, vestales ambas, adulteraron con Cantilio, secretario del pontífice; y la pobre Oppimia se vió enterrada viva y Flornia se suicidó implacablemente, mientras el adúltero Cantilio, puesto desnudo á la vergüenza pública, pereció bajo el golpe de innumerables azotes; por todo lo cual tuvo que ir á Delfos Fabio Pictor en demanda y requerimiento de los sacrificios que debían ofrecerse para serenar á los dioses, quienes le dijeron debía soterrar un galo y una gala, un griego y una griega, en la feria de bueyes y dentro de sitios cerrados por enormes y ciclópeas piedras. Todo esto demuestra con demostración patentísima cómo daba extraordinaria importancia la República en sus costumbres á la pureza del rito que tenía por objeto mantener el fuego sacro en las aras y pura é incólume la castidad en las vírgenes, á fin de que los dioses les fuesen propicios y la vida romana durase cual dura la misma lumbre del sol en las sublimes y altísimas esferas. Así no debe maravillarnos que los jueces de Minucia y su amante los condenasen á la última pena y al supremo castigo. La fatal sentencia se da por fin y se cumple. Despojan á Minucia de su blanco traje y la envuelven, como á un cadáver, en fúnebres sudarios. Tiéndenla en una especie de mortaja, como anticipándole implacables la silenciosa y fría sepultura. La compasión está prohibida, y nadie puede llorar sin hacerse reo del crimen que se persigue y que se pena en aquel momento. Fúnebre cortejo, que parece de sombras, acompaña la yerta y moribunda virgen. Al pasar por el Foro, en la plaza misma que se conoce con el nombre de los Comicios, su amante perece azotado por los verdugos, que le arrancan pedazos de carne, como si sus látigos fueran colas de serpiente ó garras de rapiña. A la extremidad occidental del Foro sube la procesión en silencio tan profundo que se diría venida negra noche sobre la diurna luz. Los pasos de aquellas gentes resueñan sobre los suelos, cual si Roma estuviese levantada y erigida en un sepulcro. Alguna vez un cuervo y un milano, que pasan hambrientos, suelen despedir gritos, á cuyos estridores se unen los mal

reprimidos sollozos de tanto deudo como sigue hasta su descanso postrero á la desgraciada joven. Por fin llegan, y el sepulcro aparece abierto á sus plantas, mas para recogerla sin piedad y enterrarla viva. ¿Por qué antes no haberla rematado? ¿Por qué hacerle devorar tantos dolores inútiles? ¿Por qué, si desaparece de los vivos, no evitarle aquella horrible tortura? Las leyes romanas lo quieren así, á fin de impedir culpas que importan á la vida entera del pueblo rey. Procúranle, pues, cómodo lecho, ardiente lampadario, pan blanco, aceite y leche, no para que prolongue su vida, para que prolongue su agonía. Por fin baja desde la superficie del suelo, donde todavía ven sus ojos la luz y respira el aire su pecho, á la tumba donde como una sombra desaparece. Hala conducido allí el pontífice máximo, quien, después de abandonarla por completo al abismo, levanta los brazos hacia el cielo y dice las oraciones de rúbrica, mientras los verdugos tapan la boca de aquel agujero, que se abre terrible sobre la cima del abismo insondable. ¡Oh! Ella, que había soñado tantas veces, ¡la infeliz Minucia!, con su corona de sésamo y verbena, con su velo nupcial, con su túnica de amante desposada, oyendo anticipadamente los epitalamios compuestos por los primeros poetas al son armoniosísimo de las cítaras, baja ¡oh contradicción! cadáver viviente, cuando la flor de su juventud se abre, cuando todas las ilusiones y todas las esperanzas estallan á una en su pecho, cuando los horizontes de bellissimo porvenir debieran sonreírle, al sepulcro, y ni en el sepulcro encuentra los consuelos y los descansos de la muerte. En su delicadeza, en su ternura, en su sensibilidad, los tormentos de aquella increíble agonía exacerbábanse de un modo tal, que apenas podemos comprenderlos ni siquiera evocando todas las leyendas de los infiernos. El instinto de la propia conservación debió llevarla indudablemente á reposar un poco sobre la cama tendida en los dinteles de la muerte. La primer hambre buscaría el pan; la primera sed buscaría el agua. Dentro de aquel sepulcro aún pugnaría en ella el deseo de vivir. Pero agotadas estas últimas provisiones, consumido el aire que podía restarle allí en la sepultura, todas las enfermedades juntas vendrían sobre su cuerpo, como van los gusanos sobre los cadáveres. ¡Qué horrible agonía! ¡Qué conjunto de dolores materiales y morales! ¡Qué muerte tan espantosa! ¡Cuál

eternidad horrible de dolores sin fin y sin cuento en aquel minuto supremo!

— No continúes, Persio, tu descripción de lo sufrido por Minucia. Me pondría mala. Con sólo pensar en los padecimientos un minuto, le recorren á una por el cuerpo escalofríos horribles. No quiero saber cómo te habrá tu imaginación transportado al sitio de la terrible agonía y pintádote los horrores de aquella muerte infligida por hambre y sed á una virgen robusta. Conozco la necesidad imprescindible de tales rigores; pero no podría sufrir su descripción, ¡ah! no podría.

— ¿Ves, Pola — dijo Séneca, — cómo estamos heridos por el mal congénito á esta nuestra edad, por el horror á la grandeza del bien, cuando se presenta bajo aspectos tan necesarios como el castigo? Quieres en lo más íntimo de tu alma recobrar la vieja virtud romana, y luego te asustas á la vista de los medios indispensables á ese recobro. Pues el soberano bien se halla en las acciones honradas, aunque nos parezcan á primera vista severas y aun crueles. Aquello que parece dañoso á lo particular y nocivo al individuo, luego resulta provechosísimo á lo universal, y bueno, casi óptimo, á la especie. Ese foco de castidad enardecido con el sacrificio de la pobre vestal, cuya muerte nos acaba de contar nuestro buen Persio, á la postre se necesitaba para cosa tan grande como la conservación de Roma y su República. No había otro remedio sino mantener esa institución de virtud y de castidad. Si no, que nos cuente Persio lo sucedido con Tarpeya, que lo cuente.

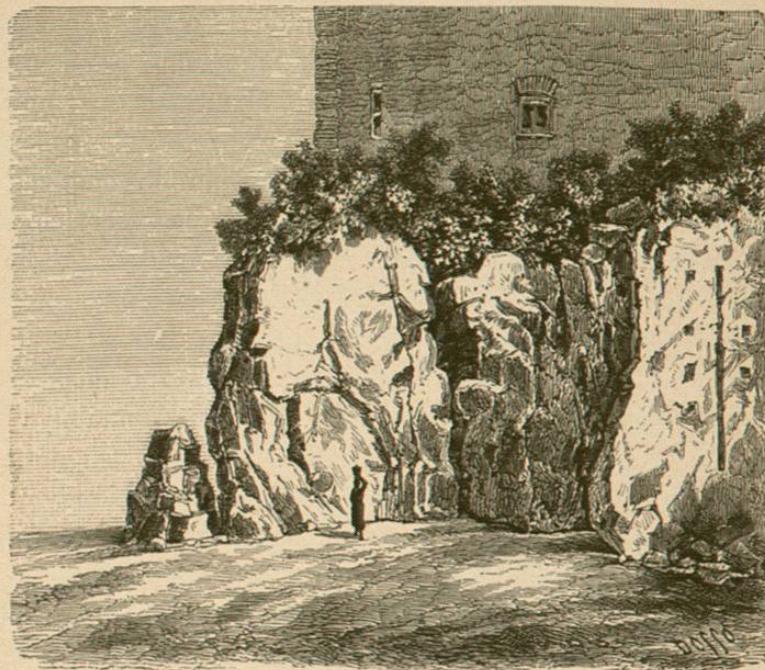
— Propercio — dijo Persio — dedicó una alegoría incomparable á la infidelidad de los vestales, contando la causa de que dieran su nombre siniestro á la roca Tarpeya y la dedicaran á los últimos suplicios. Oído. Riente bosque, tapizado todo él de hiedra, cubría la modesta colina, de cuya base iba fluyendo cristalino arroyo, junto al cual sesteaban las ovejas, después de haberse abrevado fieles y obedientes al son dulce de melodiosos caramillos. Haces de trigo coronaban su cima, formando empalizadas de primitiva defensa. Nada Roma entonces, pues los sonidos de las trompetas vecinas resonaban en la roca de Júpiter, y el sabino esgrimía sus lanzas en el Foro, y las aguas del Tíber abrevaban los caballos de los contrarios, y por todas partes algún enemigo circuía con sus odios

el templo que debía dar leyes á la tierra. Entre las hijas de Roma estaba Tarpeya, inscrita ya en el colegio de las vestales y consagrada, por ende, á conservar el fuego eterno. Háblala enviado la orden á recoger agua para el servicio de la diosa, y llevaba como una diadema su ánfora sobre la frente. Dado el número de implacables contrarios, en aquellos alrededores reunidos acechando á Roma naciente, cosa fácil encontrar un soldado en armas y al asedio continuo apercebido. Tarpeya vió á Tacio, quien sobre su corcel de combate caracoleaba orgulloso, inquirendo el sitio por el cual podría más fácilmente penetrar su lanza en el pecho de Roma. Viéndole tan varonilmente perfecto y acabado, caballero en montura, parecida, por su rapidez y por su majestad, al águila de Júpiter, relumbrando todas las armas de aquel tiempo en su cuerpo y de sus ojos difundiéndose un centelleo divino, Tarpeya dejó caer el ánfora de la frente, picada, como por una víbora, por el nefando amor al extranjero. ¡Cuántas veces desde aquel día su oración se dirigió, no al sostén de la patria idolatrada, sino á rogar que sus sitiadores triunfasen! ¡Cuántas veces pidió á la luna que trajera en la callada noche con sigilo y silencio los jinetes contrarios á su tierra! ¡Cuántas veces sus brazos se tiñeron de sangre desgarrados por las agudas espigas de los zarzales, cuando corría desalada en su amor á la cima para descubrir desde lejos al sitiador y desear que se la llevase cautiva! Así no era mucho que llorase á la continua sobre las aras donde rezar debía, y que corriese un peligro tan grande como el de ver apagada la lumbre de Vesta por aquel diluvio de lágrimas.

— Tienes razón, Séneca — exclamó Pola; — mucho he compadecido á Minucia; pero si había su pecado de traer peligro de muerte á Roma, debe preferirse que muriera. Sin Minucia podía pasar la especie humana y el mundo entero. Pero el mundo sin Roma sería el cielo sin sol, y la especie humana sin el pueblo rey sería ganado sin pastos. Por eso detesté á Mesalina como la detesté cuando nos corrompía con sus liviandades, y detesto á la infame Agripina como la detesto, porque nos oprime con sus ambiciones. Pero sigue, Persio, contándonos la historia de Tarpeya.

— Los romanos — continuó diciendo Persio — y sus enemigos debían combatir en la mañana siguiente á estos llores de Tarpeya.

Los compatriotas todos de Tarpeya requerían sus armas y aparejaban sus caballos á la defensa, mientras las mujeres preparaban sus votos y sus ofrendas pidiendo al cielo el necesario triunfo. Pues del sitio sacro, donde concentrarse debía toda la fuerza del alma romana, levantábanse plegarias en demanda ¡parece increíble! de un desastre. Tarpeya deseaba contemplar á Tacio subiendo por la



La roca Tarpeya

pendiente de su colina cubierta de zarzas á la cumbre donde gallardeaban los templos, vestido con púrpura, que á maravilla le sentaba, y que no podía sentar bien á gente como la suya, lactada por las lobas. En su delirio la cuitadísima le ofrecía Roma por dote, Roma completamente abierta á la invasión por su mano traidora, consagrada en aquellos ritos á mantener el fuego sacro. ¿Qué le aguardaba en el Capitolio á ella, triste religiosa de Vesta? Pues aguardábale una juventud consumida en las horribles esterilidades del sacerdocio y una vejez prematurísima sin hijos y sin ninguna descendencia. En cambio el enemigo le traía la corona de himeneo y la empujaba desde un altar estéril á codiciado lecho nupcial. Así

revolvíase por las noches en desasosegados insomnios, viendo, si despierta, el anhelado amante, y soñando con él, si dormida. Era un día de fiesta. Celebrábase con regocijo el comienzo de las murallas. Los aires resonaban á una con los acentos de caramillos y flautas. En las mesas rústicas humeaban los más primitivos manjares. Difusa por doquier una general alegría, danzaban los pastores de Roma, mientras los soldados yacían ociosos, divertidos de sus armas y de sus clarines, sobre los prados. La vestal, que había entregado su corazón á Tacio, creyó aquel momento propicio para entregarle también su patria. En efecto, abandona el templo de Vesta y corre á indicar la facilidad de una sorpresa en los espasmos de su regocijo. Los perros del templo ladran, pero los degüella con los instrumentos litúrgicos, vueltos del servicio en deservicio de la diosa. Por fin la traición se consuma, y el vestíbulo de la Ciudad Eterna se abre al enemigo. Tarpeya entonces cae á los pies del joven amado y le ruega que señale y designe las nupcias de ambos en premio á las traiciones de ella. Pero Tacio no codiciaba, no, á la vestal; Tacio codiciaba en su furor á Roma. Teníala ya bajo sus plantas, merced á la traición de una sacerdotisa consagrada por el cielo al culto de la llama sacra, y despreciaba la traición por cuyo medio se le había rendido. Y en vez de llevarla, como le prometiera, con amor, á su tálamo un día, mandó que la inmolaran sus soldados. En efecto, inmoláronla sin piedad, y desde aquel entonces lleva la colina este nombre siniestro de Tarpeya, y presencia las ejecuciones capitales, consumadas todas en su triste recinto.

— El pueblo romano — dijo Séneca — se curó inmediatamente de aquella irrupción por su esfuerzo; pero nunca más pudo Tarpeya curarse de su deshonor. A su nombre va unida una maldición eterna.

— Y con razón — dijo Pola. — Dejemos estas flaquezas de las mujeres culpadas y vamos á los ejemplos, que levantan el ánimo al bien y despiertan en la inteligencia el ideal. Háblanos, para celebrar la República, Lucano, de la madre de los Gracos.

— Cornelia — dijo Lucano, — hija de Escipión y mujer de Sempronio, comprendiendo que no podía esperar de éste el renombre con que soñaba en sus ambiciones, redújolo á buen marido, y tuvo con él en una paz doméstica perpetua doce hijos. Desesperada por com-

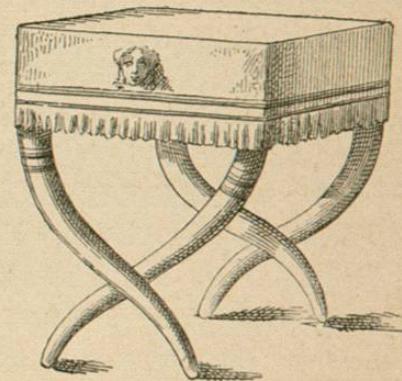
pleto de obtener un renombre como esposa de Sempronio Graco, llevó todas sus facultades, concentrándolas en altísima concentración, al cultivo de las aptitudes generadoras del renombre y de la gloria en quienes más podían satisfacerla y ufanarla, en sus hijos. Desde que los sintió en sus entrañas, los dedicó en su pensamiento á las altísimas empresas generadoras de verdadera fama. Cansábase la oirse llamar siempre la hija del inmortal Escipión. Aquella gloria la tenía como de reflejo, pero no entraba en ella, no, parte alguna de su propio ser. Ella no había educado á su padre; bien al revés, había sido educada por su padre. No había cooperado ella en cosa ninguna por su parte, ni á la conquista de España ni á las victorias en Africa. Todo eso distaba tanto de su persona como las glorias adquiridas por sus remotos abuelos en Lucania, en Córcega, en Sicilia y en Cerdeña. Cornelia era mujer de autoctonía muy propia y de idea muy suya. Hija de un general como Escipión, el cual helenizara por completo á Roma, transformando en este consciente y deliberado helenismo desde sus letras hasta sus instituciones y sus costumbres, tomó las ideas griegas, sí, pero no los hábitos, fija en su sede y hogar, completamente dominada por el antiguo espíritu patricio, como una especie de Catón el Censor, su contemporáneo; Catón hembra, más dulce, por tanto, pero no menos inscrita en los tradicionales usos como en compensación á la novedad en sus principios é ideas. Catón rural, esencialmente rural, habitador de aquella Túsculo donde brotaran los romanos primeros, vestido con la corta túnica de Cincinato que no le llegaba ni á la rodilla desnuda, calzado con las sandalias de negro cuero, la pica boyal en sus manos, el arado y la yunta siempre delante de sí, detrás de sí la espórtula rebosando grano para la sementera, pasaba el día en las rústicas labores y la noche sentado en duro banco á la cabeza de toda su familia, en cena frugal, donde se conmemoraba de continuo á los muertos, y con la mirada convertida siempre á los penates antiguos, si ofrecían sabias lecciones y austeros ejemplos á los vivos. Él no tenía nada que ver con aquella vida nueva por Escipión de Asia y de Africa orgullosamente aportada, en la cual había tantas costumbres babilónicas, tantos misterios de Alejandría y Éfeso, triclinios de bronce y púrpura para los banquetes, blancas togas de lino para los cuerpos, alfombras de brocados para los pies,

vasos de plata labrada rebosando vino griego para los labios, himnos atenienses acompañados por salterios orientales para el oído, joyeles de oro para las matronas, estolas de mil colores para las doncellas, perfumes y esencias para los olfatos, astrólogos caldeos en vez de augures etruscos, divinidades voluptuosas de Siria requiriendo cultos orgiásticos en vez de la vieja severidad latina; todo lo cual constituía una invasión de ideas repulsivas completamente á las matronas y á los patricios del viejo austero Lacio. Parecía que, formando todo esto los factores esenciales del partido mandado por Escipión y completamente opuesto al partido catoniano, enemigo implacable del vencedor de Zama, debía propender Cornelia, hija de éste, al helenismo. Pues no le gustaba, ya lo he dicho, el helenismo en las costumbres, no; su personalidad íntima, desligada por completo de todo lo circunstancial, consagróse también, magüer sus creencias filosóficas de todo en todo griegas, al sostenimiento de los viejos dioses, de los viejos ídolos, de las viejas costumbres. Si Roma hiciera con Grecia lo que hizo Cornelia, tomar las ideas y dejar las costumbres, Roma se hubiera salvado. Había invadido el oriental y griego lujo á la Ciudad Eterna. Encontrábase, pues, muy distante de los primitivos tiempos republicanos y de sus célebres austeridades.

— Pues lo mismo quiere hacer Nerón ahora — dijo Séneca, — trocar nuestra Roma en una Grecia.

— En la Roma de los patricios agrícolas — continuó diciendo Lucano — provenía del heno la palabra palacio, y del ganado la palabra dinero. Apenas entonces había joyeros en las varias categorías de oficios inscritos sobre las tablas de los reyes. Al austero vivir antiguo romano se unió el austero vivir sabino. Cuando los etruscos, invasores con la dinastía tarquina, dominaron la Ciudad Eterna en sus comienzos, los esmaltes etruscos vinieron á dorar la vieja miseria romana. El muro de piedras ciclópeas; la cloaca máxima, por cuyos canales podían bogar hasta barquillas; el máximo circo elevado con tan grande amplitud y extraordinario esplendor entre los antiguos montículos históricos; el templo de Júpiter Capitolino puesto como un faro en la cumbre de Roma; los juegos solemnes en que ya comenzaban los combates á muerte; las majestuosas curules sedes; los cetros de marfil por águilas áureas rema-

tados; los mantos de púrpura brillantes; las espléndidas laticlavias; las innumerables antiguas estatuas; las ferias llenas de músicos muy diestros, indican bien claramente cómo el genio de la oriental Etruria se había sobrepuesto al austerísimo genio de Roma y de su Lacio. Vino la República naturalmente como una protesta vigorosa contra los monarcas etruscos, y se purificaron las costumbres y se disminuyeron los esplendores del antiguo lujo. La imagen del patricio se halla en Cincinato ante sus bueyes, y la imagen de toda cumplida matrona en Lucrecia hilando. La dureza romana y sabina se opuso como un contraste republicano á la molicie ó blandura etrusca. Túnica de lana el marido, túnica de lana la mujer. Hasta los tiempos de Coriolano, la mezcla de hilazas áureas con los otros tejidos no fué permitida. Y así, habiendo querido un siglo más tarde llevar á Delfos ofrendas prometidas por el virtuoso Camilo en acción de gracias á milagrosas victorias, las romanas ofrecieron



Silla curul

la totalidad y suma de sus joyas, las cuales juntas en el tesoro y fundidas por superiores órdenes dieron tan sólo de sí una modesta y breve copa que ofrecer en el templo de Delfos al dios de la poesía y de la luz. Las victorias romanas sobre Grecia, Sicilia, el Oriente y el Africa trastornaron las viejas costumbres y trajeron el asiático lujo con todo su esplendor. Desciñóse la matrona su túnica de lana y la dejó á sus siervos, tomando para sí la estola de lino, blanca y transparente, ceñida y recamada de oro. El calzado fué mucho más elegante. Las alfombras orientales comenzaron á extenderse mullidas bajo los pies. Colgáronse los cuadros griegos y erigiéronse las griegas estatuas en los edificios romanos como deslumbradores ornamentos. Un espectáculo al cual acudían las mujeres parecía desde lejos tapiz ó prado, según los matices varios de sus multicolores vestimentas. Hasta la conquista de Sicilia no se conoció aquí el arte de peinar. Los barberos primeramente llegados á Roma vinieron todos con Licinio, que iba ven-